

“Sauce ciego, mujer dormida”
Haruki Murakami

TUSQUETS

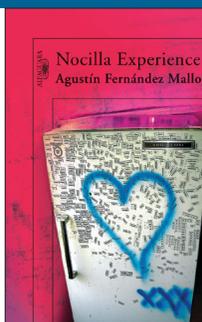
Los 24 cuentos de Haruki Murakami reunidos en “Sauce ciego, mujer dormida”, una compilación de lo escrito en los últimos años por el último fenómeno literario japonés, sintetizan el universo raro y sugestivo del autor de “Tokio Blues”. Aunque lo variado de la selección se nota (hay cuentos largos y cortos, buenos y no tanto, escritos entre 1979 y 2005), lo cierto es que en el Murakami en corto parecen acentuarse sus rasgos. Probablemente resulte más onírico, efectista, desconcertante y barbitúrico de lo que los fans de “Sputnik, mi amor” y “Norwegian Wood” desearían, del mismo modo que muchos relatos deleitarán a los que disfrutaron con la intrincada y simbolista “Kafka en la orilla”. El propio Murakami explica en el prólogo que los cuentos son para él una especie de banco de pruebas. Así que para el seguidor, su lectura puede convertirse en el juego donde se adivinan ensayos de ideas que luego desarrolló y se reconocen escenas vagamente familiares desplegadas a posteriori en sus novelas. Hay discos de jazz, sexo doloroso, atmósferas *lynchianas* y ese oscuro hastío globalizado marca de la casa que parece excusar la perversión del alienado. De cerca, las costuras y los trucos se aprecian con mayor claridad. Como esos finales abiertos, trascendentes y abruptos tras páginas de aparente banalidad donde no sucede nada, que dan trabajo al lector, el gusto por los encuentros epifánicos y la alegoría constante o la debilidad por los personajes frágiles, melancólicos y torturados. Leticia Blanco



“Comet”
Pablo Díez

LENGUA DE TRAPO

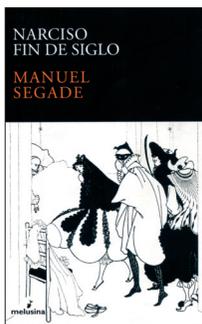
Nos gustaría pensar que Manuel encontró el camino para desembarazarse de la vida de cabeza agachada que llevaba en una Cantabria contemporánea y antigua. Que se ajustó a lo que se le venía encima o bien rompió con todo de la forma más impulsiva. Que supo cómo evitar su extinción y la declinación de una raza de hombres pasivos, orgullosos de su transitoriedad, apegados al terruño, desgajados tanto de su generación como del sexo opuesto, irrealizados e irrealizables: como esos misteriosos hombres-ave que dan pie a una tesis nunca comenzada, por la cual Manuel es invitado a una universidad norteamericana llamada Comet. Estaría bien creer que hubo redención en algún lugar de lo no escrito, pero es muy palpable el ‘fuera del tiempo’ total del personaje que conduce el relato. En el centro de todo, en la puesta en escena de esta representación bastante osada y poco luminosa del fracaso: una prosa con tanta porosidad, con tanta podredumbre, con tantos filamentos que llega a resultar molesta. Construida sobre larguísima episodios donde un paseo por el bosque húmedo es convertido en un infinito hilo de reflexiones y plañidos, un soliloquio grueso y magmático de un ser rendido, la novela avanza con lentitud y esfuerzo, la luz no se vislumbra, el canto de sirena desde la universidad carece de eco. Muchos temas, no todos igual de exitosamente dispuestos, y un personaje demoledor, sin alas ni futuro. Pablo Díez, sin embargo, tiene de ambas cosas, o eso nos hace pensar esta primera novela. Carolina León



“Nocilla experience”
Agustín Fernández Mallo

ALFAGUARA

Mis novelas son fragmentarias porque así es el mundo. Si partimos de esta declaración de Agustín Fernández Mallo (A Coruña, 1967) ya tenemos la mitad del trabajo hecho. Desde que apareciera “Nocilla dream” (Candaya) se ha hablado largo y tendido de un nuevo modo de hacer en nuestra literatura. Si en su primera incursión en la novela se alabó su aparición como un soplo de aire fresco, todo lo allí expuesto se consolida ahora en “Nocilla experience”. Su discurso sigue siendo fragmentado, pero en esta ocasión ya estábamos advertidos, y eso actúa en su favor, en su segundo asalto los personajes están más elaborados y las breves historias que conforman este *collage* narrativo son más atractivas, dando lugar a un resultado más compacto. Habrá quien diga de esta novela que es más de lo mismo, que algunos de los recursos que utiliza son demasiado fáciles (el uso de “Rayuela” de Cortázar), que valerse de fragmentos de otras obras resta puntos a la nota final, pero cada una de estas apropiaciones, esa suma de instantes, dotan de sentido a la arriesgada sinceridad literaria de Fernández Mallo, más poeta que novelista, que entiende su escritura como un “instrumento de precisión al servicio del vacío”. Algo a lo que ya estábamos acostumbrados los lectores de su poesía y que también desprende su último poemario, “Carne de pixel” (DVD Ediciones). En su conjunto, una mirada narrativa fresca, compuesta de curiosas instantáneas, que tiene como común denominador la soledad de sus protagonistas atrapados por la vida misma. Álex Gil



“Narciso fin de siglo”
Manuel Segade

MELUSINA

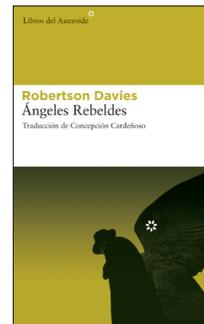
¿Qué une el yo del postmodernismo con el decadentismo finisecular practicado por simbolistas franceses como Mallarmé o Moreau, prerrafaelitas como Sir Edward Burne-Jones y estetas francesados como Oscar Wilde? Con carácter de tesis doctoral, en realidad no lo esconde, el viaje que propone Segade trata de unir la consolidación del sentimiento narcisista de Fin de siècle con “el culto a la imagen, la subjetividad exacerbada y la reubicación del mapa de las prácticas corporales” del postcapitalismo y, pese a que su fin queda algo difuso y ciertamente opaco por su espíritu académico, el trayecto es apasionante. Tanto como las potencialidades que emergieron en la cultura del llamado segundo romanticismo, solipsista y entregada al ‘arte por el arte’, opuesta al positivismo científico coetáneo de finales del siglo XIX y heredera del platonismo más exacerbado. Aquí es radiografiada desde sus tropos más comunes (la androginia, el dandismo, el fetichismo, los paraísos artificiales, el ocultismo, el *badaud* –el observador de espectáculos– y el *flâneur*, entre muchísimos otros) y a través de distintas perspectivas que muestran las correspondencias semánticas del imaginario finisecular europeo, los nuevas vías introspectivas de la representación artística, una vez abandonada la noción de mimesis de la naturaleza, y ayudan a comprender un movimiento que quedó sepultado por la monstruosidad de la cultura de masas y la revolución de la producción del arte en cadena. Arantxa Ruiz



“El sindicato de policía yiddish”
Michael Chabon

LUMEN

A la cerebrín generación McSweeney’s le sobra inventiva, capacidad de reformulación de los géneros literarios, lúdica aproximación a la cultura pop, apetito experimental... pero, como en el chiste forgesiano del reloj atómico que no da la hora, adolece en ocasiones de una desatención a la esencia narrativa en beneficio de la fanfarria de ingenio. Siempre apegado a una hoja de ruta delineada por la aventura (en el sentido amplio del término, es decir, como búsqueda de un sentido a la vida que implique algún tipo de peaje artístico, como la literatura en “Chicos prodigiosos” o los cómics en “Las aventuras de Kavalier y Clay”, pero también en el literal, como la fantasía *à la* Roald Dahl en “Summerland” o la pesquisa *à la* Conan Doyle en “La solución final”) Chabon, un niño grande a fin de cuentas, sea quizás quien haya procurado más por construir novelas dominadas por tramas tan compactas que convierten a su aventajada capacidad de fabulación en un sacrificado sirviente a la causa general del libro. Todo esto alcanza su máxima expresión en “El sindicato de la policía yiddish”, pues la ucranía que la enmarca –el asentamiento, tras la II WW, de la comunidad judía en una Alaska que se convierte en fantasmal campo de batalla entre sectas hebreas, rusos e indios– y su adscripción al género negro –el asesinato de un mesías yonqui y ajedrecista genial como motor– están tan sumamente bien enlazadas (el barquito en la botella) que consiguen dejar la pirotecnia o el fuerte de su autor (la meticulosa construcción de personajes excesivos, o el cómo ha metido el barquito en la botella) en un maravilloso accesorio. Antonio Lozano



“Ángeles rebeldes”
Robertson Davies

LIBROS DEL ASTEROIDE

El escritor adicto a las trilogías y aire de Darwin cabreado es un tipo divertido al que le gusta poner en aprietos morales a sus desdichados personajes. Porque, si alguien no tuvo suficiente con la brutal Trilogía Deptford (o cómo convertir el lanzamiento de una bola de nieve en el arranque perfecto de una novela más que incendiaria y, a ratos, desternillante), debería saber que Robertson Davies ha vuelto a la carga. Mejor dicho, lo hizo seis años después de terminar aquella trilogía poniendo en marcha la siguiente: la Trilogía Cornish. “Ángeles rebeldes”, título que acaba de rescatar Libros del Asteroide, supuso el arranque, en 1981, de las estrambóticas desdichas de Francis Cornish, profesor y coleccionista de arte (a juzgar por el caótico amontone de cuadros, manuscritos y demás, lo fue de forma compulsiva) de la prestigiosa y podrida Universidad de San Juan y el Espíritu Santo, y qué mejor manera de arrancar que con la muerte del protagonista. El reparto de su inabarcable herencia, dirigido por tres profesores de dudosos intereses y un sobrino que nunca ha oído hablar de pinceles, es el eje de una trama contada a dos voces (la estudiante que se tira a uno de esos tres profesores y el más honrado de los de los ‘repartidores’ de la herencia) que no defraudará a quienes esperen el, a veces macabro, a veces delirante y otras simplemente soberbio, juego de espejos de Davies. Porque sí, como diría Davies, se puede matar a alguien con un pedazo de pan congelado. Luego “lo descongelas y te lo comes. La policía buscaría en vano el arma homicida”. Lo dicho, un genio. Laura Fernández